

# BATALLA Y BARAJA

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

En alguno de nuestros artículos y en uno de nuestros discursos—el último más ruidoso y el más eficaz y de consecuencias—citamos una frase que se atribuye a Maura, aquella de Fernando VII y pico. De la que en San Sebastián han hecho otra: Fernando Siete y media. Y al recoger aquella primera frase, la atribuida a Maura, y por nosotros popularizada, la cambiaba una publicación periódica, la revista *Cosmópolis*, por esta otra: Fernando hípico. La confusión es, como muchas otras confusiones, grandemente sugestiva. Que ya Renan disertó, tan agudamente como él solía hacerlo, sobre la fecundidad de las equivocaciones, las malas traducciones y las erratas. Suelen ser tan generadoras de nuevas ideas como la rima.

Fernando VII, el hijo de Carlos IV, el rey manolo, poco o nada tuvo de hípico, es decir, de ecuestre. Hay, sí, un retrato de él a caballo, pero en la Edad Moderna cuando se le quiere dar majestad al retrato pintado o esculpido de un rey no se le representa en un trono, sino a caballo. El caballo parece ser el trono de los reyes modernos. En Madrid tenemos a Felipe IV a caballo, y el pobre señor tampoco tenía nada de ecuestre. Y en el Retiro Alfonso XII avanza a caballo sobre el estanque como para simbolizar nuestras conquistas ultramarinas. Aunque nuestras, no; sino suyas, de esos reyes ecuestres.

Cuando se les retrataba a los reyes en el trono poníaseles vestidos de reyes, con corona y manto de armiño, mientras que a caballo se les representa de capitanes generales de sus ejércitos. Los reyes entronizados son reyes; los reyes a caballo suelen ser caudillos militares. Y de caudillo militar nada tuvo el manolo Fernando VII de Borbón.

Los reyes de España después de Carlos I, tanto los Austrias o mejor Habsburgos como los Borbones no han tenido nada de belicosos, de militares, y por tanto nada de ecuestres. Ni Felipe II el covachuelista, ni los dos pobres Felipe III y Felipe IV, ni el imbécil de Carlos II entre los Habsburgos. La caballería, la milicia, se quedó para los bastardos, para los dos Juanes de Austria. Y entre los Borbones, a partir del nieto de Luis XIV de Francia, rey absoluto nada militar,

tampoco vemos la caballería. Carlos IV cazaba a pie. Fernando VII no sabemos que se distinguiese en montar; por lo menos caballos. Luego vino una mujer y luego Alfonso XII, al que le hicieron ir a caballo a presenciar el fin, ya convenido, de la guerra carlista, pero que no se distinguió después por sus aficiones militares. La realeza española sin ser civil, ni mucho menos, no ha sido militar. Aunque alguna vez haya creído deber fingirlo. No hemos tenido ni un Gustavo Adolfo o un Carlos XII de Suecia, ni un Federico de Prusia, ni un Víctor Manuel de Saboya. A no remontarnos a Alfonso el Batallador.

A esto se nos podrá argüir que hípico no significa propiamente militar o caballero en el sentido que a esta palabra le ha dado la tradición histórica. No se monta sólo para ir a la guerra o a las maniobras militares. Un jockey monta a caballo y no por eso se le ocurre a nadie llamarle caballero y tratarle como a tal. Y, en efecto, Rubán no es Babieca. Y acaso quepa sostener que no le damos a hípico el mismo sentido que a ecuestre. Don Quijote montando en el Clavileño era mucho más caballero que Sansón Carrasco montando en el más brioso corcel.

Pero a su vez uno de esos hombres duchos en adelgazar conceptos podría redargüirnos que también la de los caballos de carrera, la de los Rubanes, es batalla y es guerra. Y si el redargüidor fuera sujeto algo versado en nuestra lengüística podría decirnos que *baraja* no quiere decir otra cosa que *batalla*. Y por eso en la baraja hay reyes y hay caballos. Y hay sotas o escuderos. Aunque no todos de espadas. Lo cual es muy cierto, pero el uso ha hecho que *barajar* signifique muy otra cosa que *batallar*, y a nadie se le ocurriría llamar a Alfonso I de Aragón Alfonso el Barajador.

Por lo demás claro está que barajar es un modo de batallar y que hay verdaderas campañas de baraja o de cosa que lo valga. Pero éstas suelen ser campañas de timba, esto es, de despeñadero, que no otra cosa quiere decir en catalán *timba*.

Por una timba va rodando el reino de España, pero alegremente. Y ahora, en estos tiempos de palacios de hielo, quebradizos, patinando para mejor romperse

8-95  
("España.. Madrid  
11 noviembre 1922)



la crisma. El pobre Rubán va a romperse la equina cabeza en un *skating*.

¡A qué reflexiones nos ha dado lugar la confusión del redactor de *Cosmópolis* entre «y pico» e «hípico»! ¡Qué fecundas son las equivocaciones!

Y ahora recordemos lo de Fernando VII, el de a pie: «¡Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional!» Dijo *marchemos* y no *cabalgemos*.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES